

—No se te olvide, insistió don Manuel: muy temprano le envías á Zubieta una tarjeta, suplicándole venga sin demora.

Como aquella pequeña contrariedad había bastado para hacer cambiar el aspecto tranquilo de don Manuel, Lola creyó prudente no hacer más preguntas sobre el particular, porque le pareció que, en tratándose de Zubieta, lo mejor sería emplear la mayor reserva en todo lo que á él perteneciera, porque siempre una doble precaución no estaría de más; y todo ello, en último resultado, tendría que ceder en pró de su tranquilidad conyugal que tanto anaba.



## CAPÍTULO IX.

### EL CORREDOR SOLARES.

**U**NA de las cosas que preocupaban más el ánimo de don Santiago, era la conveniente colocación de sus fondos, con el objeto de poder hacer de ellos el uso conveniente, sin exponerlos ni á un golpe de mano, ni mucho menos aventurarlos en asuntos dudosos.

A este fin, don Santiago buscó persona que lo orientase y le diese luces sobre el particular.

En todas las ciudades hay un lugar á

donde se va á buscar todo lo que se necesita; no precisamente porque se sepa que allí existe, sinó porque es un lugar que el instinto del público ha designado como centro de reunión.

En toda situación vacilante, en México, cuando necesitamos hacer un negocio, buscar á un amigo; cuando nada tenemos que hacer ó cuando queremos hacer algo nos vamos al portal.

No sabemos quién nos ha dicho que en el portal hemos de encontrar algo, pero el hecho es que no nos equivocamos.

En el portal hay un millón de objetos y otro millón de asuntos.

En el portal es en donde brotan los negocios.

El portal es el manantial de las pesetas.

El paseo de los brujas.

El centro de las noticias.

El asilo de los desesperados.

El mercado de objetos que se venden á media luz.

Es la Puerta del sol.

Es la lonja de la clase media.

Es el pedestal de los retirados, de los cesantes, de los agentes, de los arbitristas, de los que viven lejos del centro, de los ociosos, de los que esperan y de los que venden, de los que van por noticias, y de los que andan *viendo qué hacen*.

Allí hay dos cafés que, por mucho tiempo han tenido un aspecto sombrío y siniestro; con muchos criados, con muchos concurrentes sentados que esperan, que apuntan, que tratan asuntos y que consumen aguardiente catalán, á medio la copa, y café solo.

Esos cafés han tenido un aspecto particular, exclusivo de ellos; allí se ha comido casi siempre á la española. Reçamier ó Porráz no hubieran hecho allí su fortuna, por que ha sido necesario servir, en vez de pollo á la Marengo, mondongo á la española, y un puchero mas nutritivo y confortable, que pulcro y delicado.

Aquellos comercios son sostenidos por las necesidades apremiantes, aquellas fondas

han sido instituídas exclusivamente por el hambre, como las postas ó los paradores de los caminos; no es el lujo, ni la moda, ni el confort lo que abrió aquellas puertas, sino una emergencia colectiva, la ocasión, la oportunidad y el lugar.

Rodean á la fonda antiguos pasteleros ambulantes: aquellos pasteles están destinados á los labios blancos; pasteles supletorios de la comida que debió ser á la una, pasteles que se toman, tal vez después de una cólera, ó en espera de un corredor que no parece, ó del reparto de la tesorería, ó son comprados con el real único, insuficiente para adquirir el derecho de entrar á la fonda á comer como todos.

Aquellos de nuestros lectores que conocen el Portal de Mercaderes, se habrán fijado en que hay allí un pastelero que vende todos los días una cantidad exorbitante de pasteles, no precisamente porque esos constituyan una singularidad gastronómica, sino porque esa golosina hace un papel muy importante en la historia íntima de la miseria pública.

Pues bien, don Santiago que no era de México, fué inspirado por el genio de los arbitristas, y buscando medio para arreglar sus asuntos, se dirigió al portal.

No conocía á nadie, nadie le conocía á él; pero esta circunstancia pasaba desapercibida, en medio de aquel público flotante.

Eran las once.

Azotó la cara de don Santiago, al pasar por la puerta del café del Cazador, una bocanada de aire caliente alcoholizado.

Parecía que la manzana entera era un monstruo borracho, cuya boca era el café del Cazador y cuya respiración era aldeida.

Las emanaciones alcohólicas establecen cierto contacto misterioso, muy útil para los vinateros, con los estómagos en inacción.

A las once, las tripas del género humano guardan, con muy pocas excepciones, casi las mismas condiciones patológicas.

A las once, sobre poco más ó menos debe haberse comido Eva aquella manzana, á juzgar por la disposición del estómago á esas horas; y si en el paraíso hubiera habi-

do no sólo árboles frutales, sino siquiera un café de mala muerte, estamos seguros de que nuestra señora madre, mas bien se hubiera decidido á pecar con una copa de cognac ó con un gin-coptell que con una fruta agridulce.

Todo esto nos ocurre á fin de disculpar á don Santiago; quien contra sus morigeradas costumbres, se sintió aquel día con el vehemente deseo de tomarse una copita de buen catalán, y entró al café del Cazador, atraído por aquella voráGINE de cazadores de fortuna.

Tomó asiento don Santiago, y no bien levantó la cabeza se encontró con la mirada del criado, con esa mirada solícita, elocuente, y que en fuerza de ensayarla más que una ópera, llega á hacer inútil la palabra.

No hay criado de café, que no tenga escrito en los ojos esto:

—¿Qué toma usted?

Don Santiago leyó estas palabras y pidió una copa.

No bien la tuvo delante, cuando se en-

contró con otra mirada que no fué la del criado, sino la de un conocido viejo.

—¡Señor don Santiago Franco! exclamó un hombrecillo enjuto y carilargo, muy se-



ñor mío ¿pero qué es esto.... cuánto gusto, con que usted por acá?

—Sí, señor; contestó don Santiago, sin recordar dónde ni cuándo había conocido á aquel personaje.

—¿Ya no se acuerda usted de mí, señor don Santiago? Solares, yo soy Solares, yo estuve empleado en el juzgado de.....

—¡Ah sí! ¡Solares, hombre! ¿cómo vamos, Solares, cómo vamos? está usted muy acabado.

—Y usted se conserva perfectamente; no pasa día por usted; pero tome usted su catalancito, señor don Santiago.

—¿Usted gusta?

—Sólo por acompañar á usted, señor, y para celebrar la bienvenida. ¡Mozo! gritó en seguida, ¡otra copa!

Solares tomaba allí una copa todos los días hacía mucho tiempo; pero tenía el talento de no haber pagado todavía una sola.

Siempre encontraba quien lo obsequiara; y cuando no había á la mano quien tal hiciera, se convidaba solo, como acababa de suceder en aquel momento.

Solares sabía, como los cómicos, salir á tiempo y sin necesidad de segundo apunte. A la hora de tomar la copa echaba una ojeada y elegía su anfitrión; sabía de memoria quién tomaba y en qué mesa.

Aquel día había entrado al café y en su primera exploración, exclamó para sí.

—¡Qué solo está esto, no han venido ni don Pancho ni los gachupines; no parecen por aquí ni Gómez el corredor ni Taboada,

ni Barreiro, ni nadie. ¡Ah! me parece que conozco aquel viejecito; sí, don Santiago.... ¡á él!

Como se ha visto, el golpe no fué en falso.

—¿Conque tanto bueno por acá? vaya, ni por la imaginación me pasaba que usted pudiera venir á México, ¿viene usted á pasear, no señor?

—Sí, hombre; vengo á dar una vuelta.

—Pues yo, señor don Santiago, aquí buscándola.

—¿Y qué tal?

—Pues vea usted señor, á lo menos se vive, se busca la amanezca; figúrese usted, mi señor, que tengo siete de familia.

—¿Siete, se casó usted?

—Haga usted de cuenta, exclamó Solares, acentuando sus palabras con una sonrisita maliciosa, como para decirle á don Santiago, «vea usted qué pícaro soy,» y luego continuó:

—Ya sabe usted señor don Santiago, que yo siempre he sido así, qué quiere usted,

calaveradas que uno hace y que después.... después ya no tienen remedio. ¿Se acuerda usted de Isabel?

—¿Isabel?

—Sí, aquella muchacha bajita de cuerpo, hija del mayordomo aquél....

—¡Ah! sí.

—Pues me la robé.

—¡Hombre, Solares!

—Qué quiere usted, señor, si hace uno unas cosas....

—¿Y luego?

—Y luego se arregló el negocio, si señor, y vivimos en paz: eso sí, luego, luego ahí está la familia, me viven cuatro, si señor, me viven cuatro: dos mujercitas y dos varones; casaditos, señor don Santiago casaditos; y aquí me tiene usted ingeniándome, y ya compro, ya vendo, ya contrato, ya cambio; en fin señor, en fin, es necesario ingeniarse; vea usted, precisamente traigo en la bolsa la lista de.... vea usted señor, agregó Solares sacando del bolsillo una cartera, atestada de papeles sucios.

—Casas, señor, casas de venta, vea usted la lista.

—¿Todas esas?

—No es más que la primera lista; pero si á usted no le conviniere alguna de éstas, hoy me han ofrecido otra lista con veintiocho casas.

Vea usted señor don Santiago, éstas que tienen una crucecita al margen son de las adjudicadas; éstas que tienen cruz y estrella, tienen su colita.

¿Cómo?

—Quiere decir, señor, para hablarle á usted con franqueza, no son negocios muy claros.

—¿Y éstas que tienen dos cruces? preguntó don Santiago.

—Estas, estas casas no son para usted, señor.

—Por qué?

—Vea usted, ésta es una casa magnífica; tiene sala, recámaras, asistencia, comedor, cocina, otro cuarto, gabinete, cuarto de cria-

dos, azotehuela, común corriente, baño, caballeriza y agua limpia, y vale diez y ocho mil pesos; pues con mil pesillos se puede usted quedar con ella.

—¿Es posible?

—Sí, porque vea usted, quiere decir, la persona que la tiene.... porque la casa está embargada, y sabiendo manejar el negocio, en fin.... yo tengo todas las pitas.

—No, no; pues de esos negocios no he de hacer yo, dijo don Santiago.

—Por eso le decía yo á usted; pero estas casas que no tienen marca son libres, y no han pertenecido nunca al clero; tengo de todos precios, desde dos accesorias por Necatitlan que valen doscientos pesos, hasta casas de treinta y cuarenta mil.

¿Necesita usted muebles? vea usted señor Don Santiago: un ajuar compuesto de sofá, doce sillas, dos sillones, mesa estorbo, consola y cuatro columnas; todo tallado, imitación de rosa; pero no lo he de engañar á usted, son de puro fresno (jacolote) tapiizados de reps, en muy buen uso, todo... ¿le

digo á usted señor D. Santiago? se va usted á quedar espantado.

—Diga usted.

—¡Todo en ochenta pesos! oh, en cuanto á muebles tengo de todo lo que usted quiera, señor don Santiago, lo que usted quiera.

Don Santiago se quedó pensando en que había encontrado lo que buscaba, y después de una pausa le preguntó á Solares.

—¿Y para colocar dinero?

—¿Dinero, señor, dinero?—son los mejores negocios, es el efecto mas noble de la plaza. ¡Ah, si yo hubiera tenido siquiera tres talegas, sería yo riquísimo á la hora de esta, señor don Santiago! pero el dinero es lo que falta: ¿conque tiene usted dinero?

—Sí, hombre.

—¿Como cuánto?

—Veremos, veremos lo que me decido á colocar.

—Pues vea usted, señor, tengo un negocio; vea usted éste por ejemplo. Dos seño-

ras que fueron ricas, muy ricas, les faltó el hombre, tenían dos casas y una hacienda, necesitan para la raya, tienen un administrador muy bueno, y eso sí, si levantan la cosecha este año... el caso es que necesitan cien pesos semanarios, hipotecan la hacienda para pagar á los dos años, quieren dinero hasta Marzo y pagan al 4 por 100 ¿le gusta á usted el negocio?

—Hombre...

—Vea usted este otro. Se va á casar un sujeto, á él le deben un dineral, él no tiene necesidad, es riquísimo, pero su familia no le da su trimestre sinó hasta fin de Diciembre, y el hombre ha gastado, y como se va á casar, en fin quiere mil pesos, da buenas firmas, conque si usted quiere...

—Hombre... volvió á murmurar don Santiago.

—Vea usted este otro; éste es mejor, ya sabrá usted que el Licenciado... va á ser padrino de bautismo, y como la familia del compadre ha sido tan garbosa, el Licenciado no quiere ser menos, y se ha propuesto

gastar hasta quinientos pesos en el bautismo; eso sí, este es dinero en caja, haga usted de cuenta, se trata de los...

Solares dijo muy quedo un nombre. En fin agregó en seguida, repetiremos la copita, ¿no le parece á usted señor don Santiago?

—Mozo... otra...

—Pero Solares.

—Nada, nada, á la salud de usted.

—Vea usted, señor, si este catalán es magnífico, no se sube, con que... vaya, señor don Santiago, á la salud de usted, por su feliz arribo.

Y diciendo esto dió á don Santiago una de las dos copas que acababa de traer el criado, y sin más ceremonia apuró la suya, no sin hacer un gesto que revelaba que era ese gusto estereotipado de todo borracho que no se perdona, por un resto de pudor, hacer creer á quien le observa que no bebe por gusto.

En seguida Solares se limpió la boca con los dedos, recogió sus papeles y siguió el



movimiento de don Santiago, quien á su vez era observado de cerca por el criado.

Don Santiago pagó el gasto, y salió del café proponiéndose pensar detenidamente acerca de alguno de los muchos negocios que le había propuesto Solares.



## CAPÍTULO X.

EL NEGOCIO QUE D. MANUEL TENÍA  
CON ZUBIETA.

**C**UANDO Zubieta recibió el papelito de Lola, se apoderó de su cuerpo un imperceptible temblor, y no pudo darse cuenta, por más que hizo, de cuál sería el asunto de que deseaba hablarle don Manuel.

Pensó muchas cosas, y entre éstas lo preocupó por algún tiempo la idea de no concurrir á la cita, sin hablar antes á solas con Lola.

—Porque, en fin, decía Zubieta, todo se